

hemos seguido todos los caminos que ha podido abrirnos la industria humana; pero hemos obrado de este modo con el propósito de que, una vez llegados a nuestro objeto, únicamente seguiríamos la vía que conduce al mejor servicio de Dios, y a la mayor exaltación de la Santa Sede, a fin de que una gloriosa memoria de las cosas que podamos hacer, borren el recuerdo de las cosas que hemos hecho. Tan es así, que confiamos dejar a nuestros sucesores un camino en el cual, si no encuentran las huellas de un santo, podrán cuando menos seguir los pasos de un pontífice. Dios, que nos ha secundado en los medios, nos reclama el resultado, y Nos estamos dispuestos a satisfacer plenamente esta gran deuda que hemos contraído con El; por esa razón no queremos que nuestros fraudes despierten los rigores de su justicia. Únicamente un impedimento podía oponerse a nuestras buenas intenciones: que sintiéramos un interés demasiado vivo por vuestra fortuna. Pero, para evitar esto, nos hemos acorazado de antemano contra nuestro amor, y hemos rogado a Dios que nos dé fuerzas para no cometer un desliz por causa vuestra; porque, en el camino del favoritismo, un pontífice no puede resbalar sin caer, y no puede caer sin causar gran perjuicio al honor de la Santa Sede. Mientras vivamos lloraremos los pecados a que debemos la experiencia de esta verdad, ¡y plegue a Dios que nuestro tío Calixto no esté en el purgatorio más abrumado por el peso de nuestros pecados que por el de los suyos propios! ¡Ah! él era rico en todas las virtudes, él estaba lleno de buenas intenciones; pero sentía demasiado amor por los suyos, y, entre los suyos, por Nos particularmente: de suerte que, dejándose guiar ciegamente por ese amor y por el que sentía por sus parientes, a los que consideraba como carne de su carne, acumuló sobre algunas cabezas solamente, tal vez las menos dignas, los beneficios que debían recompensar los méritos de un gran número de hombres. En efecto, en nuestra casa fué depositando esos tesoros que no debían acumularse a costa de los pobres, o que convenía dedicar a mejor uso. Para formarnos feudos, desmembró del Estado eclesiástico, ya tan débil y tan restringido, el ducado de Spoleto, así como otros ricos dominios, y apoyó en nuestra flaqueza la vicecancillería, la viceprefectura de Roma, el generalato de la Iglesia, y todos los cargos de

más consideración, que, en lugar de estar monopolizados así, debían haberse conferido a aquellos que por sus méritos eran más dignos de desempeñarlos. Hubo entonces personas que, mediante nuestra recomendación, fueron elevadas a dignidades supremas, las cuales sólo contaban para ello con el mérito de una protección demasiado parcial que Nos le otorgábamos, mientras que otras eran alejadas solamente por los celos que su propio mérito nos inspiraba. Por despojar a Fernando de Aragón del reino de Nápoles, Calixto encendió una guerra terrible, cuyo feliz éxito había de aumentar nuestra fortuna, y cuyo fracaso sólo podía acarrear vergüenza y daño a la Santa Sede. Por último, el dejarse gobernar por los que sacrificaban el bienestar público a sus intereses particulares, causó notable perjuicio, no solamente al trono pontificio y a su fama, sino también, cosa que es más fatal, a su conciencia. Y, sin embargo, ¡oh sabiduría de los juicios de Dios! por mucho que se dedicara a establecer nuestra fortuna, apenas la muerte le arrebató del lugar supremo que ocupamos hoy en día, fuimos derribados del alto puesto que ocupábamos, y nos encontramos abandonados a la furia del pueblo y a los odios vengativos de esos barones romanos, que se consideraban como ofendidos por nuestra benévola parcialidad para sus enemigos. De modo que, como os digo, César, no solamente nos vimos precipitados desde lo alto de nuestra grandeza, y desposeídos de aquellos bienes y dignidades que nuestro tío había acumulado bajo nuestros pies, sino que, para salvar la vida, tuvimos que condenarnos, con nuestros amigos, a un destierro voluntario, y sólo gracias a eso pudimos librarnos de la tempestad que nuestra excesiva fortuna había desencadenado. Esto fué una prueba evidente que Dios nos daba, burlándose de los designios de los hombres cuando esos designios son injustos, de que es un error imperdonable en los pontífices empeñarse en favorecer una casa, que sólo puede durar unos cuantos años, más que a la gloria de la Iglesia, que es eterna; nos probó asimismo que es una gran locura en los políticos que, teniendo el gobierno de un dominio que no es hereditario ni para ellos ni para sus sucesores, apoyan el edificio de su grandeza en otras bases que en las altas virtudes practicadas en beneficio de todos, y creen asegurar la duración de su fortuna por

medios distintos de los que comprimen esos torbellinos inesperados que, elevándose durante la calma, pueden despertar una tempestad, es decir, crearles una masa de enemigos, de los que uno solo, obrando seriamente, podría causarles más daño que la ayuda que pudieran proporcionarles las demostraciones engañosas de cien amigos. Si vos y vuestros hermanos seguís la senda que os trazamos, ni un solo deseo formularéis que no se vea al instante realizado; pero, si tomáis el camino contrario, si habéis esperado que nuestro afecto será el complaciente de vuestros desórdenes, pronto os convenceréis de que somos pontífice para la Iglesia y no para la casa, y que, como Vicario de Cristo, queremos hacer lo que Nos juzguemos que es necesario para el bien de la cristiandad, pero no lo que vos creáis para bien vuestro; y, bien entendido esto, César, recibid nuestra bendición.

Y diciendo estas palabras, Alejandro VI se levantó, impuso las manos a su hijo, que permanecía aún de rodillas, y se retiró a sus habitaciones sin invitarle a que le siguiera.

Estupefacto se quedó César al escuchar un discurso tan inesperado para él, y que de un solo golpe destruía sus más caras esperanzas. Así, pues, se levantó aturdido y tambaleándose cual si estuviese ebrio, y saliendo del Vaticano en aquel mismo instante, corrió a casa de su madre, en la que no había pensado primero, y a la que retornaba en su abandono.

Rosa Vanozza participaba de todos los vicios y todas las virtudes de una cortesana española: devota de la Virgen hasta la superstición, tierna para con sus hijos hasta la debilidad, complaciente para con Rodrigo hasta el libertinaje, pero confiada completamente en la fuerza de un poder que venía ejerciendo desde hacía casi treinta años, y segura, como la serpiente, de ahogar en sus repliegues cuanto no podía fascinar con la mirada. No era desconocida para la Vanozza la hipocresía de su antiguo amante, y, en consecuencia, poco trabajo le costó tranquilizar a César.

Cuando éste llegó, Lucrecia acompañaba a la Vanozza; los dos jóvenes cambiaron ante los mismos ojos de la madre un beso incestuoso, y, antes de retirarse, habían quedado de acuerdo para reunirse aquella misma noche en

casa de Lucrecia, que, separada de su marido, al cual pagaba Rodrigo una pensión, vivía completamente libre en su palacio de la vía del Pellegrino, situado frente al Campo de las Flores.

Llegó la noche, y César, a la hora convenida, fué a casa de Lucrecia; pero ya estaba allí su hermano Juan. Los dos nunca se habían querido. Sus sentimientos eran muy distintos, sin embargo. El odio, en Francisco, era el temor instintivo que el amo siente ante el cazador, mientras que en César, era ese deseo de venganza y de sangre que vive incésantemente en el corazón del tigre. No obstante, los dos hermanos se besaron; por benevolencia el uno, y el otro por hipocresía. Cuando se vieron, el sentimiento de su doble rivalidad en los favores de su padre y de su hermano Juan, enrojeció, mientras que la lividez cubría el rostro de César. Los dos se sentaron dispuestos a no salir el uno sin el otro, cuando llamaron a la puerta y anunciaron un rival ante el cual uno y otro tenían que retirarse: era su padre.

No se había equivocado la Vanozza al animar a César. En efecto, Alejandro VI, aunque tronando contra los abusos de la familia, había ya comprendido todo el partido político que de sus dos hijos y de su hija podía sacar; porque si bien sabía que con Juan y con Godofredo no podía contar, en cambio estaba seguro de la adhesión de Lucrecia y de César. Indudablemente, por esa parte, la hermana era digna pareja del hermano. Libertina por imaginación, impía por temperamento, ambiciosa por cálculo, Lucrecia sentía un loco deseo de placeres, de alabanzas, de honores, de oro, de pedrerías y de suntuosas moradas. Española bajo sus rubios cabellos, cortesana bajo su aire cándido, tenía la cabeza de virgen de Rafael y el corazón de Mesalina; por eso Rodrigo la amaba como hija y como amante, pues en ella veía reflejados, cual en mágico espejo, sus vicios y sus pasiones. Lucrecia y César eran, pues, los bien amados de su corazón, y juntos componían la trinidad diabólica que por espacio de once años ocupó el trono pontificio, como una sacrílega parodia de la Trinidad celeste.

A pesar de todo, en el principio nada desmintió las reflexiones que en su discurso hiciera Rodrigo a su hijo César, y el primer año de su pontificado excedió las espe-

ranzas que habían concebido los romanos cuando su elección. Tan admirablemente dictó sus disposiciones para el abastecimiento de los graneros públicos, que, en el tiempo que alcanzaba la memoria de los hombres de aquella época, jamás habían gozado de tan maravillosa abundancia; y a fin de que el bienestar bajara hasta a las últimas clases de su fortuna particular, hizo inmensas limosnas que permitieron participar a los pobres de este banquete general, del que desde hacía tanto tiempo estaban excluidos. En cuanto a la seguridad personal en la población, desde los primeros días de su advenimiento al solio pontificio, quedó restablecida por medio de una policía firme y vigilante, y, por un tribunal formado por cuatro doctores de reputación insospechable, los cuales se encargaban de perseguir todos los crímenes nocturnos, tan comunes bajo el pontificado precedente que su mismo número les aseguraba la impunidad, dando desde sus primeros juicios tal ejemplo de severidad, que ni el rango ni la fortuna de los culpables logró suavizar. Contrastaba tan grandemente esto con la corrupción del pontificado anterior, durante el cual el vicecamarero respondía públicamente a los que le reprochaban la falta de justicia que se observaba: «Dios no quiere que el pecador muera, sino que viva para que pueda pagar», que la capital del mundo cristiano creyó, por un momento, que había vuelto a los mejores días del pontificado. Así, pues, al año de su encumbramiento, Alejandro VI había reconquistado el crédito espiritual perdido por sus predecesores. Únicamente faltaba establecer su crédito político para dejar realizada la primera parte de su gigantesco plan. Podía valerse de dos medios para llegar a este fin: las alianzas o las conquistas. Tuvo que empezar por intentar las alianzas. El noble aragonés con el cual estaba prometida Lucrecia, no era ni por su nacimiento, ni por su fortuna, ni por su genio, lo bastante poderoso para satisfacer las ambiciones de Alejandro VI por lo que decidió que aquellas relaciones se rompiesen, quedando así Lucrecia libre para casarse con otro.

Rodrigo Borgia entabló dos negociaciones a la vez; tenía necesidad de un aliado que pudiera velar por él sobre la política de los Estados que le rodeaban. Juan Sforza, nieto de Alejandro Sforza, hermano del gran Francisco I, duque de Milán, era señor de Pésaro; la situación topográ-

fica de aquella ciudad, emplazada a orillas del mar, entre Florencia y Venecia, le convenía, pues, maravillosamente; de modo que, desde el primer momento, fijó los ojos en él, y, como por ambos lados eran iguales los intereses, no tardó en ser Juan Sforza el primer marido de Lucrecia.

Al mismo tiempo, se habían hecho proposiciones a Alfonso de Aragón, presunto heredero de la corona de Nápoles, para concertar un enlace entre doña Sancha, su hija natural, y Godofredo, hijo tercero de Alejandro VI; pero, queriendo sacar el viejo Fernando el mejor partido posible de esta alianza, dilató las negociaciones con demoras, pretextando que los dos niños eran muy jóvenes todavía y que, por consiguiente, por más que le hiciera gran honor semejante alianza, nada había que exigiera el apresuramiento en los esponsales. Así quedaron las cosas, con gran descontento por parte del papa, el cual no se dejó engañar por este aplazamiento y tomó la respuesta que le dieron por lo que era realmente; por una negativa. Alejandro y Fernando quedaron, pues, como antes estaban, es decir, jugadores políticos de igual habilidad, y esperando que los acontecimientos se declarasen por el uno o por el otro. Sin embargo, la fortuna se inclinó por el lado de Alejandro.

Aunque tranquila, Italia presentía que aquella calma era solamente el entorpecimiento que precede a la borrasca. Era demasiado rica y vivía demasiado feliz para que las demás naciones no la envidiasen. En efecto, la negligencia y la envidia de la República florentina todavía no habían hecho una comarca pantanosa de las llanuras de Pisa. Las guerras de los Colonna y los Orsini no habían cambiado todavía en campos incultos las ricas campiñas romanas. El marqués de Marignano no había llevado aún la desolación a más de ciento veinte pueblos, sólo en la República de Siena. Finalmente, las marismas eran ya insalubres, pero no mortales.

Flavio Blondo, al describir a Ostia en 1450, cuya población es hoy de unos treinta mil habitantes, se contenta con decir que su estado era menos floreciente que en tiempos de los romanos, en cuya época tenía unos cincuenta mil.

En cuanto a los campesinos italianos, eran tal vez los más felices de la tierra: en lugar de vivir diseminados por

los campos y aislados los unos de los otros, habitaban agrupados en pequeñas ciudades amuralladas, teniendo así protegidos sus ganados, sus aperos y sus cosechas; sus casas, por lo menos las que quedan de esa época, prueban que estaban instalados con más bienestar, gusto y arte que el que hoy tienen los burgueses de nuestras ciudades. Finalmente, esa reunión de intereses comunes, esa aglomeración de individuos en pueblos fortificados, les permitió ir tomando, poco a poco, cierta importancia de que carecían los villanos de Francia y los siervos de Alemania; tenían armas, un tesoro común, magistrados elegidos, y si alguna vez combatían, por lo menos lo hacían en defensa de una patria.

El comercio, por lo demás, no estaba menos floreciente que la agricultura. Había en Italia, en esa época, una infinidad de fábricas en las que se trabajaban la seda, las lanas, el cáñamo, las peleterías, el alumbre, el azufre y el betún; si alguna de esas primeras materias no era producida por su suelo, la traían a sus puertos desde el Mar Negro, de Egipto, de España, de Francia, y, una vez doblado su valor por la elaboración, volvía con frecuencia a salir para los puntos de donde habían venido: el rico aportaba sus mercancías, el pobre su industria. El primero tenía la seguridad de que no le faltarían brazos para trabajar; el segundo estaba seguro de que no le faltaría trabajo en qué emplearlos.

El arte, por su lado, no se había quedado atrás: es verdad que habían muerto Dante, Giotto, Brunelleschi, Donatello; pero acababan de nacer Ariosto, Rafael, Bramante y Miguel Angel. Roma, Florencia y Nápoles habían heredado obras maestras de la antigüedad, y los manuscritos de Esquilo, de Sófocles y Eurípides, gracias a la conquista de Mahomed II, se habían reunido con las estatuas de Xantipo, de Fidias y de Praxíteles.

Los principales soberanos de Italia habían, pues, comprendido, al contemplar aquellas pingües cosechas, aquellas fábricas florecientes y aquellas maravillosas iglesias, y al fijar después sus ojos sobre los pueblos bárbaros, pobres y guerreros que los rodeaban, que no tardarían en convertirse para las otras naciones en lo que América fué para España, esto es, en una vasta mina de oro para explotar. En consecuencia, desde 1480, Nápoles, Milán,

Florencia y Ferrara habían firmado una liga ofensiva y defensiva, dispuesta a hacer frente tanto a las enemistades intestinas como a las exteriores, lo mismo a peninsulares que a ultramontanos. Ludovico *el Moro*, que era el más interesado en sostener esta liga, por hallarse más cerca de Francia, lado de donde parecía amenazar la tormenta, vió en la elección de Alejandro VI un medio, no sólo de estrechar más esta alianza, sino de hacer que a los ojos de Europa apareciera en todo su poderío y unidad.

Todos los Estados cristianos acostumbraban enviar a Roma, a cada nueva exaltación, una embajada solemne para renovar, en nombre de cada uno de ellos, su juramento de obediencia al Santo Padre. Ocurriósele a Ludovico reunir los embajadores de las cuatro potencias aliadas de modo que entrasen en un mismo día en Roma, y encargar a uno solo de los embajadores, al del reino de Nápoles, por ejemplo, que llevara la palabra en nombre de todos.

Por desgracia, ese plan no concordaba con los proyectos magníficos de Pedro de Médicis. El orgulloso joven, nombrado embajador de la República florentina, había visto, en la misión a él confiada por sus compatriotas, un medio de hacer brillar su fausto y de ostentar sus riquezas. Desde el día de su nombramiento, el palacio de Médicis se vió lleno de sastres, joyeros y mercaderes de telas; encargó la confección de vestiduras magníficas, bordadas de piedras preciosas, que había sacado del tesoro de su familia. Todas sus alhajas, tal vez las más ricas de Italia, veíanse sembradas en las ropas de sus pajes, y uno de ellos, el favorito, iba a llevar un collar de perlas tasado en cien mil ducados. Por su parte, el obispo de Arezzo, Gentile, que había sido profesor de Lorenzo de Médicis, era el segundo embajador nombrado, y debía llevar la palabra. Gentile tenía ya preparado su discurso, esperando encantar los oídos con su elocuencia, como Pedro de Médicis confiaba deslumbrar los ojos con sus riquezas. Ahora bien; si la palabra era llevada por el embajador de Nápoles, la elocuencia de Gentile era cosa perdida, y de entrar Pedro de Médicis en Roma confundido con los demás embajadores, su magnificencia no sería notada. Estos dos graves intereses, comprometidos por la proposición del duque de Milán, cambiaron toda la faz de Italia.

Fernando de Nápoles había prometido a Ludovico

30085

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO